

DE ROGATIVAS, Y DESAGRAVIOS. (*)

Caro mea veré est cibus, & sanguis meus veré est potus. Joan. VI.

NO sé, Divino Señor Sacramentado. No sé, como en esta ocasion, Ilustrísimo Señor, pueda predicar á vuestros feligreses, oprimiendo mi corazon la mayor pena. Si he de decir lo que siento, vuestra afliccion, Señor, y vuestro zelo, y la obediencia, que debo á vuestros preceptos, y á los de mi venerado Cabildo, son la causa principal de mi quebranto; porque me han dado motivo, á que hiciese la mas seria reflexion sobre el atroz sacrilegio, que se cometió en la ciudad de san Felipe. Quince dias ha oí, señores, lo que todos sabeis, y debiera yo deciros mas con las lágrimas, que con las voces, que uno ó muchos, infieles ó indignos christianos robáron en aquella ciudad el viril con el Santísimo Sacramento de la Eucaristía de la Iglesia Parroquial de santa Tecla. A la verdad me sorprendió, y horrorizó tan triste noticia; pero, continuando en decir lo que siento no hizo en mi ánimo la impresion que debiera, ni parece, que la hizo en los vuestros. Porque ¿razgamos los vestidos? Nos pusimos el saco, y el cilicio? Nos cubrimos de ceniza, como Josias quando reconoció quebrantada la santa ley de

(*) Predicado en la Metropolitana de Valencia el dia 27 de Enero de 1752. con el motivo de haber robado el Santísimo Sacramento en la ciudad de san Felipe de la Iglesia de santa Tecla.

¹ Paral. xxxiv.

de Dios? Prorrumpimos en ayes y lamentos, como Jeremías, quando vió profanado el templo de Jerusalem? Nada de esto. Todos abominábamos de tan enorme delito: impacientes preguntábamos si se habia descubierto el delinquente, ó hallado el Santísimo Sacramento; y sin duda muchas almas piadosas lloraban la ofensa hecha á nuestro Salvador, aguardando la señal para explicar su christiano sentimiento. Miéntras tanto nuestro Dignísimo Prelado practicaba las diligencias correspondientes para averiguar lo sucedido, y certificado de que eran verdaderas las primeras tristes noticias que tuvimos, congregando su Cabildo, se resolvió, que con públicos solemnes actos de religion procuremos manifestar nuestro dolor, desagraviar á la Magestad de Dios, y aplacar su justa indignacion.

2 A este fin se dirigen tantas lúgubres demostraciones. Veis, señores, enlutadas las puertas de los templos, y los altares: suspendidos, ó trocados en llanto los eclesiásticos armoniosos cantos; visteis que por espacio de tres dias los sagrados Ministros de esta santa Iglesia Metropolitana acompañados de este muy ilustre Magistrado, afligidos fuéron á buscar el consuelo, y el amparo en la que es Madre nuestra, y Madre de desamparados. Veis que el Señor cubierto de un negro velo nos inspira tristeza desde ese mismo trono, en que otras veces patente nos inspira la mayor alegría. Veréis que esta tarde todo el clero secular y regular saldrá por esas calles en devota rogativa. Y veréis que despues todas las parroquias de esta Ciudad, al modo que las doce Tribus de Israel, divididas en tropas, y precedidas de sus Levitas y Sacerdotes, saldrán á implorar la divina misericordia.

3 Pues todo esto aun es poco respecto del motivo que da á la pena el sacrilegio, que se ha cometido. Y no es mas que lo que hicieron nuestros mayores, Valencianos míos, en semejantes funestos acontecimientos.

Tom. II.

Vv

tos.

tos. Porque quando á los últimos del siglo pasado un sacrilego robó el Santísimo Sacramento de la Iglesia del real convento de Predicadores, se consternó toda la ciudad, y se previniéron todas las demostraciones que estais viendo. Quando un siglo há otro sacrilego le robó del convento de san Joaquin del lugar de Payporta, ¿que conmocion no hubo en esta ciudad y en todo su arzobispado? Que les quedó que hacer en prueba de su dolor? No satisfechos con las comunes universales demostraciones, muchos y los mas distinguidos de sus vecinos cerráron las puertas de sus casas, como si hubieran muerto sus padres. Y quando dos siglos atras se cometió igual sacrilegio en la villa de Alcoy, ¿que no hizo esta ciudad? Puede facilmente inferirse de lo que practicó el católico monarca Felipe segundo, quien apénas tuvo la noticia, se vistió de luto; y preguntándole qual era la causa, dió una respuesta muy digna de su ardiente zelo, diciendo: *Que debian vestirse de luto los Reyes de la tierra, habiéndose hecho la mayor injuria al Rey de los cielos.* No puede leerse esto sin lágrimas, ni lo que dexó escrito un sabio piadoso real Ministro, en testimonio de la piedad y veneracion de los Valencianos al agosto Sacramento de la Eucaristía.

4 Quisiera, oyentes míos, que lo leyeráis, ciertamente os compungierais, y edificarais. Yo habiéndolo tenido presente me he llenado de dolor, que se aumenta considerando mi antecedente tibieza é insensibilidad, y la propia insuficiencia, que me impide ponderaros dignamente qual es nuestra obligacion. Pero siendo preciso, y haciéndome cargo, que el malvado, que ha cometido el sacrilego hurto ó es infiel, ó sospechoso en la fe, acerca del sacramento de la Eucaristía, para comenzar en desagravio suyo, diré que creo y confieso, que Christo señor nuestro tomando en sus manos el pan y el vino, y diciendo, *esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*, convirtió al pan en su cuerpo y al

vino en su sangre. Lo que tambien en su nombre, y con el soberano poder, que les comunica executan sus sacerdotes. Y de esta conversion admirable se inferen todas las verdades católicas concernientes á este agosto sacramento. Porque creyendo, que por la eficacia de aquellas divinas palabras el pan realmente se convierte en cuerpo, y el vino en sangre del Señor, he de creer precisamente, que proferidas aquellas palabras, ya no quedan substancia de pan, ni substancia de vino, sino solamente sus accidentes, color, olor, sabor, y extension, que verdaderamente percibimos con la vista, con el olfato, con el gusto, y con el tacto. Tambien he de creer consiguientemente, que baxo las apariencias de pan y vino está físicamente Christo Señor nuestro con toda su divinidad, y humanidad, el mismo que nació de María santísima y se subió á los cielos, y que allí permanece mientras se conservan las especies ú accidentes de pan y vino.

5 No lo creéis así, fieles míos? No lo confesais? Si: con todo el corazon, y á boca llena. Pues desmentid al sacrilego, que lo niega, ú da muestras de negarlo con su irreverencia: decid conmigo: Creemos lo que el Señor dixo por san Juan, que su carne es verdadera comida, y su sangre verdadera bebida: *Caro mea veré est cibus, sanguis meus veré est potus.* No hallamos la menor dificultad en creerlo, como la halláron aquellos infelices, que pareciéndoles duro lo que su Magestad les decia, apostataron y se apartáron de su escuela y compañía. Nos mantenemos constantes en la fe como los Apóstoles. Creemos que Dios Todo poderoso hace todo lo que quiere, y sumamente veraz hace todo lo que dice; y prometemos perder mil vidas en defensa de la física real presencia de Christo en la Eucaristía. Pues de aí, de esa verdad se deduce la gravedad de la injuria que ha hecho al Señor el sacrilego ladrón del sacramento de su cuerpo y sangre, y la obligacion que tenemos de sentirla, y de satisfacerla. Que

es lo que pienso persuadiros en el discurso de mi oracion, para que seais tan religiosos con Dios, como lo fuéron vuestros abuelos.

Primera parte.

6 Si estuviéramos padeciendo alguno de los males temporales con que Dios suele castigar á los hombres, mas habria de buscar razones para consolaros, que para afligiros. Porque sin ir mucho mas léxos de lo que dista la ciudad de san Felipe, haciendo memoria de los estragos que causáron en ella y en sus contornos los pasados terremotos, y volviendo la vista hácia vosotros, me acuerdo que os trastornó la noticia, y os pasmáron los amagos de la ira de Dios que aquí se presintieron. Lo que no sucede ahora; sin duda porque nos amamos mas á nosotros mismos, que á Dios, y por consiguiente sentimos ménos lo que ofende á su Magestad que lo que nos ofende á nosotros. Yo aseguro, que si amáramos á Dios, mas que á nosotros mismos, mas que á nuestros padres, mas de lo que amais á vuestros hijos, sobre todas las cosas, segun debemos; al verle ultrajado, no cabiendo el dolor en el pecho, se saliera por nuestros ojos, hechos como los de David, dos fuentes de lágrimas. ¿Porque ¿podemos mirar con indiferencia á nuestros padres ofendidos? ¿Podeis mirar con ojos serenos á vuestros hijos maltratados? ¡Ah que tibio es nuestro amor á Dios! Quan léxos está de aquel punto de perfeccion, á que debe llegar, segun el Angélico Doctor, para que sea zelo de su honor, y gloria!

7 Enseña el Santo ¹ despues de haber distinguido el zelo malo de la envidia, del buen zelo de la amistad, que quando es intenso el amor que tenemos á un ami-

¹ D. Th. 1. 2. q. 28. a 4.

go, nos mueve á procurar su bien; y se dice que le zelamos, ahuyentando todo lo que redundá en su mal. Lo mismo enseña el gran padre de la Iglesia san Agustin ¹, interpretando aquellas palabras del real Profeta: *Zelus domus tuæ comedit me*, y diciendo: Que el zelo de la honra de Dios consume á los que procuran corregir las maldades con que le ofenden los pecadores, y no pudiendo corregirlas, lloran y gimen. Examinad pues, oyentes míos, vuestro corazon á la luz de esta doctrina: reparad como está á vista de vuestro Dios ofendido. Si en lugar de palpitar, y enardecerse, se mantiene frio y quieto, entended, que no teneis perfecto amor de Dios, ni zelo de su honor.

8 Pero bien que no sintamos los pecados que cada dia se cometen, aunque debiéramos sentirlos en medio del corazon, si fuéramos verdaderos hijos y amigos de Dios: bien que no sintamos, digo estos pecados por verlos con demasiada frecuencia, y contemplarlos como fatales conseqüencias de la original depravacion de nuestra naturaleza: así como no nos admiramos, segun advirtió san Agustin, de que el Sol cada dia corra su eclíptica para alumbrar el universo; de que la tierra en diferentes estaciones del año produzca flores, y frutos para nuestro recreo y alimento, ni de otras grandes obras que prueban el infinito poder de Dios: Sin embargo al modo que nos admiramos de uno, ú otro monstruo que produce la naturaleza; viendo que en nuestros dias, y á tan corta distancia, la malicia ha vomitado un monstruo, que se ha atrevido á cometer el mayor de los sacrilegios, á poner sus manos profanas en el Señor de la Magestad Sacramentado en una hostia, ¿no nos quedamos atónitos, y aun muertos á violencia del dolor? No es solo falta de zelo, sino insensibilidad.

9 Ménos insensible que nosotros se mostró el rey Joram, aunque impio, quando supo que en su corte

¹ Div. Aug. tract. 10. in Joan.

sitiada de los Asirios una muger acosada de la hambre habia muerto á su propio hijo, para que le sirviera de alimento; pues inmediatamente arrojó las galas, y se puso junto á la carne el mas áspero cilicio. Hasta los asesinos, que presidiaban á Jerusalem, sitiada de los Romanos, sobre ser tan fieros, que como lobos se entraban por las casas, y arrebatában de las manos de sus dueños hasta el heno, y lo mas asqueroso con que se sustentaban, y á la menor resistencia los mataban: con todo al ver que una madre habia executado con su hijo lo propio que la otra en Samaria se enternecieron y horrorizaron. Y nosotros no hemos de tener igual ó mayor horror, y sentimiento, de que un malvado, en quanto es de su parte, haya quitado la vida al hijo de Dios, y de Maria, á Jesus Padre y Redentor nuestro? ¡Ah Finéas, Finéas! Si te hubieras hallado presente á esta ofensa de tu Dios, como hubieras desembaynado el puñal para clavarle en el pecho de aquel sacrilego con mas furia que traspasaste á los lascivos en Settin: ¡Ah Matathías, fuerte Macabéo! Tu, que te lamentabas de haber nacido para ver robados los sagrados vasos del Templo: *Væ mihi, ut quid natus sum, videre vasa gloriae Domini captiva?* Tu que viendo, que uno de tu pueblo sacrificaba á los ídolos, delante de los soldados de Antioco intrépido le acometiste, que no hubieras hecho con el ladron del Santísimo? Ah! tierra que agradecida á tu hacedor te abriste, y tragaste á los inobedientes Coré, Dathan, y Abiron, ¿como no te tragaste á aquel sacrilego? Ah! santos cielos, que arrojasteis rayos, que abrasaron á los enemigos de Elías y despues enviasteis á tres de tus cortesanos contra el impio Eliodoro, que osaba robar el tesoro del Templo, ¿como en esta ocasion no hicisteis otro tanto contra quien lo merecia mas que aquellos? Ah!

¹ Num. xxv. ² 1. Mach. II. ³ Num. xvi. ⁴ IV. Reg. 2, Machab.

Ah! Dios de la venganza que quitaste la vida á Osa, porque alargó la mano para detener el Arca del Testamento, que se caia, ¿como no vengais la injuria de vuestro hijo?

10 Mas no. Mejor dire: Oh Dios mio! que bueno sois, que benigno! Quan otro os mostrais en la nueva ley de lo que os mostrasteis en la antigua! Entónces todo fué rigor, ahora todo es blandura. Entónces quitabais la vida á los pecadores: ahora vos mismo decís, no quereis que mueran, sino que vivan para convertirse. Ahora regularmente dexais impunes los delitos en este mundo, para perdonar á los delinquentes arrepentidos, reservándoos castigarlos cumplidamente en el otro mundo, si mueren impenitentes. Y todo esto, señores, es muy conforme á la infinita bondad, y soberanos designios de la providencia de nuestro Dios, hecho hombre, y sacramentado en esa hostia para nuestro bien. Porque ya previó, que quedándose Sacramentado muchos habian de abusar del beneficio, é injuriarle: que haciéndose hombre, habian de perseguirle, y crucificarle; y así como hecho hombre por su pié, sin desplegar los labios, se fué al patibulo, al modo que la mansa oveja sin balar, segun la expresion del Profeta Isaías, se va al matadero: así tambien Sacramentado sufre, que sacrilegos le ultrajen.

11 Sin embargo esta paciencia con que nuestro Dios tolera los agravios, no nos exíme de la obligacion de sentirlos; ántes bien su admirable paciencia y bondad nos excita al sentimiento. Y mas sabiendo, que el Señor, aunque lo sufre, lo siente quanto puede sentirlo, y quiere y gusta de que nosotros lo sintamos. Porque ¿querrá que singularmente en esta ocasion riarnos y nos regocijemos con el mundo? ¿Acaso promete en el Evangelio la bienaventuranza á los que rien? No la promete á los que lloran? *Beati qui lugent.* ¿Y que han de llorar? La hambre, la des-

¹ Isaia. LIII.

nudez, las afrentas, la muerte? No por cierto, decia San Juan Chrisóstomo: lo que han de llorar para ser felices á los ojos de Dios, son los pecados propios, y los ajenos: *Beati qui lugent*. Con este conocimiento los apóstoles fuéron esparciendo la semilla evangélica por el mundo, llorando las iniquidades de que estaba lleno. Y con el mismo conocimiento Jeremías no hizo otra cosa en su vida, que llorar los pecados del pueblo judáico.

12 Tal vez á primera vista os parecerá, que aquel profeta se lastimaba única ó principalmente de la desolacion de Jerusalem, de la ruina del Templo, y de las calamidades que habian de padecer los judíos en la guerra, y cautividad de Babilonia. Pero si bien lo mirais, conoceréis claramente, que Jeremías lloraba los pecados, como causa de la afrentosa pasion y muerte de Jesu-Christo; pues concluye sus Trenos ó lamentaciones con estos sollozos: El espíritu de nuestra boca, Christo Señor nuestro, está cautivo de nuestros pecados: *Spiritus oris nostri Christus Dominus captus est in peccatis nostris*. Porque aunque algunos entienden que hablaba el profeta del rey Sedecías, esclavo en Babilonia, con todo san Ireneo, Tertuliano, Origenes, y la mayor parte de los antiguos Padres juzgan, que hablaba de Christo Señor Nuestro; y que habiéndole Dios revelado su pasion y muerte como efecto de los pecados, dirigió hácia ella sus ayes, considerándole el objeto mas lastimoso, y mas digno de sus lamentos.

13 Bien pudiera detenerme; y aplicar fácilmente esta profética lamentacion á mi intento; habiendo muy poca ó ninguna diferencia entre las injurias que hicieron al Señor Judas vendiéndole, y los Judios prendiéndole y crucificándole, y los que le ha hecho el sacrilego que le vendió y prendió por ménos precio que Judas. Pero no es menester, teniendo á la vista y siendo tan del caso la profecía del Ven. M. Agustin Antonio

nió Pasqual de la Sagrada orden de San Agustin. Permitidme que le dé este nombre; pues las excelentes virtudes de aquel varon y los mismos sucesos me dan bastante fundamento, paraque piadosamente crea, que estuvo adornado del don de profecía. Oid lo que predicó en la ciudad de san Felipe á lo último del siglo pasado el viérnes despues de ceniza. Comenzó afeando y reprehendiendo los odios y sangrientas enemistades, en que ardia aquella ciudad; y luego con muchos ayes y gemidos le predixo su total ruina: *Væ tibi Setabis*, decia, *væ tibi!* „ Ay de tí Xátival ay de „ tí! quedarás desolada, y reducida á un monton de „ piedras. Ay de tí! Esa tierra regada con la sangre de „ tus ciudadanos temblará, como la que regó Cain „ con la sangre de Abel, y temblando se desplomarán „ tus edificios. Y no parará aqui tu desgracia; porque „ temo, que el Dios de la paz ofendido de tus discor- „ dias, no pudiendo ya sufrirlas, te desamparará, y „ huirá de tí el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Ay de tí, repetia sus lamentos aquel varon exemplarísimo, repitiendo esta última terrible amenaza: *Væ tibi Setabis, væ tibi!* „ Ay de tí! que con tus maldades for- „ zarás á Dios á que te dexé, y á que te separe de tí el „ maná celestial. „

14 No pudo hablar mas claro, ni con mas verdad el venerable Pasqual. Notad sus vaticinios, y los veréis cumplidos á la letra: sobre todo reparad la graduacion que hizo de los males que habia de padecer Xátiva. Primeramente predixo su destruccion, que aconteció al principio de este siglo: luego los temblores de la tierra, ó terremotos, que la sobreviniéron estos años pasados: últimamente concluyó, con que habia de faltar de ella el Santísimo Sacramento. Y como amas de esta admirable justa graduacion de males, en llegando á la separacion del Santísimo esforzó y dobló los ayes: *Væ tibi Setabis, væ tibi!* ay de tí Xátiva, ay de tí; nos dió á entender, que esta debia

ser la mayor de sus penas. Solamente omitió, por los fines que ignoramos, el modo con que habia de faltar el Santísimo Sacramento, y habiendo sido con el atroz agravio, que le ha hecho el sacrilego ladron que se le ha llevado, acabad de persuadiros, amados católicos oyentes míos, que debéis sentirlo con los extremos del mayor dolor, para que yo pueda pasar á hacer os ver la obligacion que teneis de satisfacer á nuestro Dios injuriado.

Segunda Parte.

15 **M**uy poco trabajo me costará moveros al desagravio de Dios, si como es razon, sentis el agravio, que se le ha hecho; siendo vuestro mismo sentimiento cierta especie de consuelo, y de desagravio. Pues vemos, que quando nuestros amigos estan afligidos, los consolamos manifestándoles nuestra afliccion. Y si proviene su pena de alguna deshonor, ó afrenta injusta, publicando que lo es, procuramos reparar la quiebra, que padece su honor. Pero así como los buenos amigos no contentos con sentir los agravios de sus amigos, intentan por todos caminos desagraviarlos: así tambien nosotros debemos dar satisfaccion á nuestro Dios ofendido. No hablo, señores, de una satisfaccion cabal. Porque bien sabeis, y es comun sentir de los teólogos con santo Tomas, que nosotros, pobres miserables criaturas, no podemos darla por los pecados mortales propios, ni ajenos. Solo un hombre Dios puede dar condigna satisfaccion por unos pecados, que son ofensas infinitas, atendida la dignidad infinita de la persona ofendida. Hablo pues de la satisfaccion, que cabe, y estamos obligados á dar á nuestro Dios. Y esto es en lo que encuentro mayor dificultad: en que queráis usar de los medios mas propios para conseguir el divino desagravio.

16 Porque aunque ciña vuestra satisfaccion á los actos de la religion, por haber sido la virtud, contra la qual pecó el sacrilego ladron del Santísimo Sacramento de la Eucaristía: ¿ con todo lograré que os egerciteis en la religion, y que no pequeis contra esta virtud? A lo ménos pretendo, que no os escuseis con la falta de mi enseñanza, y exhortacion. Sabed pues, que la religion es la virtud, que nos mueve á dar á Dios el debido culto y honor; y que la oracion es uno de sus principales actos. Y así para ser religiosos, elevad vuestra mente á Dios, representadle los infinitos méritos de su Hijo, los de su santísima Madre, y los de nuestros insignes patronos san Vicente mártir, y Ferrer, y por su intercesion pedid privadamente á su Magestad que dispense los mas poderosos auxilios de su gracia al sacrilego pecador, para que se arrepienta y recobre su amistad. Y no os parezca, señores, que con esto haceis á Dios un corto obsequio; pues el Señor desea el arrepentimiento de aquel, y de qualquier pecador, tanto que, segun el mismo dixo por san Lucas, tiene prevenida en los cielos la mas solemne fiesta para celebrarle. Y no ménos lo desea la Iglesia, no obstante que vemos el rigor, con que descomulga al sacrilego, y le separa de su sagrado cuerpo; porque la descomunion es medicina, dirigida á su enmienda. A la verdad es medicina áspera, horrorosa; más por lo mismo no se vale de ella la Iglesia sino á mas no poder, y con mayor dolor, que el que sentimos, quando nos cortan alguna parte de nuestro cuerpo.

17 Tambien es otro de los principales actos de la virtud de la Religion el incruento sacrificio de la Misa, que comprehende, como decia san Leon, todas las diferencias de los sacrificios de la antigua ley. La hostia ó víctima que se ofrece en él sobre esas aras, es Christo Señor nuestro, el mismo que se ofreció al eterno Padre en sacrificio cruento sobre el ara de la cruz; y

tanto en una, como en otra parte es satisfactorio, ó propiciatorio segun decia san Pablo por los pecados de todo el mundo. Tenemos pues, señores, en el sacrificio de la Misa el mejor medio para desagruar á Dios, y el mas eficaz argumento de su misericordia. Porque, segun reparó san Juan Chrisóstomo, haciéndose el señor cargo de nuestra imposibilidad, instituyó el Sacrificio de su cuerpo y sangre, para que ofreciéndosele, podamos volverle el honor que le quitamos con nuestras culpas, y aplacar su indignacion.

18 Pero ni los sacrificios en quanto vosotros los ofreceis, ni las oraciones, ni los demas actos de religion son de la satisfaccion de Dios, si estais en desgracia suya; y si como temo, cometeis irreverencias contra las personas sagradas, contra las cosas sagradas, ó contra los lugares sagrados, no reparais el agravio que hizo á Dios aquel sacrílego, sino que le agraviais con vuestros sacrilegios. Temo, decia, que injuriéis y hagais irreverencias á las personas sagradas. Porque de cada dia se disminuye el respeto á los ministros de la Iglesia. Ya toma demasiado cuerpo la licencia de hablar mal de los eclesiásticos: Ya es el plato mas sabroso de las conversaciones la murmuracion de los clérigos y frayles. Y lo peor es, que no censuran la soberbia, el fausto, la gula, la ociosidad, la inmisericordia, ni la ignorancia, que son en nosotros los vicios mas culpables, sino que reprehenden al confesor que bien instruido en la disciplina eclesiástica, les niega la absolucion, juzgando los relapsos impenitentes; y al predicador, que zeloso declama contra los trages profanos, é indecentes, contra esos comercios de complacencia, en que, segun decia Tertuliano, se enciende y fomenta el fuego de la lascivia; y quando ménos los llaman ignorantes é imprudentes. Quizas habrá algunos que censurarán las claridad, con que hablo. Y no faltará quien se atreva á calificar de hazañerías, ó de artificiosos ardides estas religiosas demos-

mostraciones poniendo su boca sacrílega en lo mas elevado del cielo de la Iglesia. Ah! si tubiera tiempo para deciros la vehemencia, la acrimonia, la energia, con que san Juan Chrisóstomo, cuya memoria hoy celebramos, predicó á los emperadores de Constantinopla. Ah! que muchos son muy mal sufridos, ó estan muy bien hallados con su ignorancia! Ah! que se pica de muy lince la malicia! Ah! que estan muy sueltas las lenguas. Ah! Españoles, Valencianos míos, que se oye un nuevo modo de hablar, un language que no le entendieron nuestros abuelos, y en las provincias del norte fué preludio de su heregía!

19 ¿Pues que diré de los sacrilegios que se cometen contra las cosas sagradas, contra los sacramentos, contra el augusto Sacramento de la Eucaristía? No bastaria un largo sermon para ponderar el máximo sacrilegio de los que indignamente comulgan. Y como, aunque son muchos estos sacrílegos, son pocos los que conocen y confiesan serlo, no podria darles el desengaño, é infundirles el horror que espero infundiros, poniendo delante de vuestros ojos los notorios sacrilegios, que se cometen contra los templos, ó lugares sagrados. Pero no he de ser yo, ha de ser Ezequiel el que os los haga ver; pues los describe largamente, diciéndonos al capítulo ocho de sus profecías: „ Me „ mandó Dios, que entrara en el Templo de Jerusalem. „ Entré, y ví á algunos hombres, que ofrecian incienso á unas pinturas. Entré mas adentro, y vi á unas „ mugeres, que lloraban la muerte de Adónis en obsequio de Vénus, y en señal de su impuro amor. Pasé „ adelante, y ví tropas de gentes puestas de espaldas „ al altar, y de cara al oriente. Vi todo el templo lleno „ de pésimas abominaciones: *Ingrederere & vide abominaciones pessimas. . . Ingressus vidi, & ecce abominatio.* Y luego oí la voz del Señor, que me decia: No „ puedo sufrir tan sacrílegas abominaciones: es fuerza „ que

¹ Ezeq. 8.

„ que me vaya, y desampare este templo: *Recedam á santuario meo.* „

20 ¿Puede darse descripción mas puntual de lo que pasa en los templos christianos, y en este sagrado templo? No vemos mugeres como pinturas, ó pintadas; y delante de ellos, hombres que las miran, y con el lascivo fuego que arrojan por sus ojos queman y ofrecen impuros inciensos? ¿No vemos, que otras mugeres haciendo como que lloran sus culpas, lloran su Adónis, ó torpe amor malogrado? ¿No vemos corrillos de gentes hablando y gritando de espaldas á los santos altares, y al mismo Santísimo? ¿No vemos nuestros templos hechos terreros, ó lugares destinados para galanteos, y trocados en casas de contratación y de comercio? No podemos negarlo. Pues que resta sino que oygamos la terrible voz del Señor, que nos diga: „ No puedo sufrir los abominables sacrilegios de vuestros templos: es fuerza que me vaya de ellos y los desampare: *Recedam á santuario meo.*

21 Yá, oyentes míos, permitiendo el Señor, que robaran el Santísimo Sacramento, salió de uno de los templos de san Felipe. ¿Y que seguridad tenemos de que no desampare los restantes de aquella ciudad y de todo el reyno? ¿No lo merecen nuestros pecados, y sacrilegios? ¿No escribe Dios los pecados de las provincias, los cuenta, y en llegando á cierto número, las desampara y castiga? Así lo hizo una, y muchas veces con Jerusalem, cuya ruina se llevó tras sí la de toda la Judéa. Así lo hizo con Babilonia, que cayendo sepultó hasta la memoria de los Asirios. ¿Y quando? Quando el impio Baltasar profanó los sagrados vasos del Templo. Entónces apareció una mano que dexó escritas en la pared del Salon en que estaba aquel rey comiendo con sus grandes, estas palabras: *Mané, Thecel, Phares.* Las quales interpretó Daniel de esta suerte! „ Oh Baltasar! oh Asirios! contó Dios vuestros pecados: pesó su gravedad, y hallándola suma, os

„ en-

„ entregó á los Medos, y Persas: *Numeravit... Apertus es... & regnum tuum datum est Medis & Persis.*

22 No me atrevo, señores, á acercarme al tribunal de Dios, para registrar los severos decretos de su justicia. Pero quisiera, que hicierais madura reflexión, y sacarais las consecuencias que se infieren de esos funestos exemplares, miétras que os acuerdo, que poco despues del último sacrilego hurto del Santísimo Sacramento, se siguió la civil sangrienta guerra, que arruinó nuestro reyno. Al tiempo que sucedió el antecedente robo, le despoblaba la mas cruel peste. Y como he observado en nuestras historias, que de cien en cien años suele Dios afligirnos con el azote de la peste, que sé yo, si cumplido el siglo, tiene ya levantada la mano para descargar sobre nosotros el mismo golpe. Que sé yo, si el sacrilegio cometido, siendo su perinision castigo de nuestros pecados, es el último eslabon de la cadena, que nosotros mismos nos labramos, con la qual nos atará Dios para poner sobre nuestras cervices el pesado yugo de Babilonia: quiero decir: la esclavitud, la hambre, ó la peste.

23 ¿Os asusta y entristece mi recuerdo, ó la amenaza? Me duelo no de que esteis tristes, sino de que lo esteis por el temor de los males corporales. Que si estubierais tristes por los males espirituales, por vuestras culpas, y dispuestos á hacer penitencia, me alegraria con el Apóstol san Pablo: *Nunc gaudeo quia contristati estis ad poenitentiam.* Porque nuestra tristeza, nuestra penitencia, y nuestras lágrimas son deuda precisa de nuestras culpas, justa satisfaccion de los agravios hechos á Dios, y capaces de aplacar su indignacion. Y aunque no fuéramos pecadores, con todo debiéramos sentir y satisfacer los pecados de nuestros próximos. Pues Christo Señor nuestro inocentísimo, impecable voluntariamente cargó con la obligacion de satisfacer por nuestras culpas. Y Jeremías, sin haber pecado,

pa-